

Hitler, vio cómo "El dragón" era prohibido por los burócratas de Stalin, pretextando —con evidente falsedad— que era una fábula estúpida y sin el menor interés. Curiosamente, el stalinismo se reconoció en los mecanismos del poder, del terror y de la sumisión planteados por Schwartz contra el fascismo. De ahí las sugerencias y "lecturas" posibles que se desprenden de la obra, tanto si nos atenemos a su texto —que, a fin de cuentas, sería lo fundamental— como a su choque con el stalinismo.

De estas "posibilidades" surgieron, cuando parecía inminente su estreno comercial, dos versiones claves, en especial por lo que se refería al desenlace: una, de Nieva, abierta, respetuosa con el tono de la fábula, y otra, de Hormigón, con cuantas adiciones hicieran más preciso el sentido político de la comedia, singularmente en la contraposición entre el "héroe individual", Lancelot, y la acción colectiva.

Sin embargo, aquellos intentos se frustraron y ahora ha sido un grupo, Cizalla, el que, al fin, ha inscrito el título dentro de los circuitos del teatro independiente. En un orden que pudiéramos llamar ideológico, la nueva versión prescinde prácticamente del análisis de la figura de Lancelot. Dado que Schwartz plantea —como parte de ese análisis— lo que sucede en la ciudad cuando Lancelot destruye al dragón y los antiguos gobernantes se proclaman falsamente sus matadores, para así seguir gobernando, es muy lógico que Cizalla haya caído en la tentación de aplicar ese desenlace a la actual realidad española. Identificada la personalidad del dragón y visto lo que sucede en ese imaginario país después de su muerte, la intención de Cizalla es explicable. Sólo que, a mi modo de ver, está tratada de un modo demasiado directo, sin que emerja de un trabajo imaginativo, a tono con la poética general de la obra y de sus interrogaciones finales.

Ciertamente, los medios técnicos del teatro independiente son escasos, reducido el número de actores de cada grupo, y cortísimas las posibilidades de un escenario como el de la Cadarso —y el de la mayor parte de los lugares donde tales grupos trabajan—; lo cual no hace sino frenar los evidentes buenos deseos de Cizalla y reducir más y más la magia irónica del relato a la farsa, con sus claves políticas precisas. El grupo se



"El dragón", de Schwartz, en la versión del grupo Cizalla.

enfrenta con sus limitaciones de forma ingeniosa. Pero, aun así, es necesario señalar que "El dragón" es una de esas obras que no pueden sacrificar ni un ápice de su magia, de su encanto, porque sólo a través de esa poética y ese lenguaje se hacen patentes las distintas significaciones. Al no darse, al no pasar del juego y la parodia, inevitablemente "El dragón" comienza a parecerse a "El retablo del flautista", que tiene una entidad muy distinta.

El intento tropieza, pues, con demasiadas dificultades. No sé si, de vivir todavía y ver esta representación, Schwartz arremetería, como hizo Alfonso Sastre, contra los críticos que lamentábamos ver reducidos textos de tan ricas —al menos en teoría— posibilidades a esquemas lineales. Espero que no tomaría tales lamentaciones por un ataque al teatro independiente, sino, justamente, por todo lo contrario, por cuanto hay de negativa a pasar paternal o fraternalmente de largo por el empobrecimiento que sufren a menudo los textos en su trato con los, en tantos aspectos, gru-

pos ejemplares. ■ JOSE MONLEON.

El satánico capitalismo...

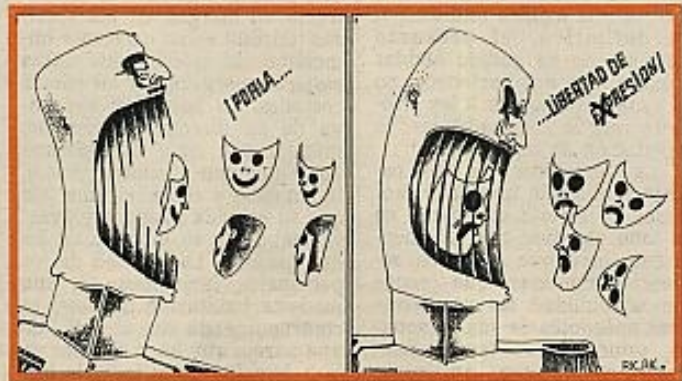
Hay una cosa, primaria, visual, que entiende todo el mundo: en el espectáculo abundan los desnudos y domina, de principio a fin, lo que pudiéramos calificar de intención erótica. Hay otra, conceptual, que no se entiende y que cada cual interpreta a su manera: el sentido de este "Satán azul", lo que ha querido decirse en el espectáculo.

Podría suceder, naturalmente, que esta segunda indagación estuviera de más y que "Satán azul" sólo reclamara la valoración sensorial de sus imágenes, o, como sucede con el "Oh, Calcutta!", cierta disposición a abandonarse y a fisgar por el ojo de la cerradura. Pero, evidentemente, no es ese el caso. Desde el extraño poema inicial —sobre todo, por fuera de lugar— hasta la canción epilógica, existe sin duda una intención, que nunca resulta aclarada. La canción es singularmente equívoca:

Al fin se ha conseguido este triunfo de Satán. Pues lo que ha sucedido es que gana el capital. Da igual que sea verde, blanco, azul, cualquier color.

Con las carteras llenas adorarle es lo mejor.

¿En qué quedamos? Parece ser que Satán es el capital y que todos estamos soportando su tiranía. Entonces, ¿qué significa eso de que "con las carteras llenas, adorarle es lo mejor"? ¿Y qué hacemos los que no tenemos las "carteras llenas"? Se diría que el autor está convencido de esta victoria del satanismo a la vez que la lamenta:



Te guste o no te guste tú recibirás su luz. Con las manos repletas triunfará Satán azul.

La conclusión no puede ser más desconcertante —cada crítico ha sacado la suya— y la canción recuerda las líneas con que determinados autores excusaban en otros tiempos la crudeza de sus relatos, pretextando que debían servir de escarmiento. ¿Es, entonces, el intento de madre visual propuesto por Corencia, el director, una muestra de ese triunfo, "nos guste o no", de Satán? ¿Cómo ligar la evidente complacencia de las "satanizadas" imágenes con esa ambigua pretensión moral?

Al llegar aquí, el espectador, perplejo, ya apenas entiende nada. A menos que la ironía y la sexualidad con que Corencia maneja ciertas escenas, quizá originariamente críticas, se deban a que el propio director —de quien hemos visto en Madrid dos montajes, "Las criadas" y "Las monjas"— esté "satanizado" por el capital. Y que los productores lo hayan contratado precisamente por eso: para demostrar los múltiples niveles de degradación que padecemos.

Realmente, el espectáculo es caóticamente significativo. Y no lo digo porque me parezca bien o mal cuanto "Satán azul" propone, sino por lo confusamente que lo hace. Tal vez, el pasar de las coristas con volantes a tanto "desnudo integral" produzca inevitablemente esos resultados. Si es así, bien venidos sean. Pero que pasen pronto. Y que el desnudo y el erotismo sean sometidos en escena a las mismas exigencias de verdad, imaginación e inteligencia que las palabras y las situaciones de las comedias con gente vestida; que el desnudo deje de ser un "reclamo" para transformarse en una expresión estética y justificada de la libertad dramática...

"Satán azul", ante un público desconcertado, llena de imágenes audaces, a veces brillantes, a veces torpes —en buena parte por la limitación de sus intérpretes—, es un buen ejemplo del punto a que ha llegado una "liberación" que debe convertirse ya, urgente y responsablemente, en "libertad". De no ser así, uno rehuirá los espectáculos "nudistas" con el mismo tesón con que rehúye ciertas liberaciones retóricas, tan placenteras para quien las ejerce como incómodas para quien las soporta. ■ J. M.